

Capítulo uno

La cuerda del arco tensa y lucha contra los callos de mis dedos.

En un movimiento silencioso, el aire llena mis pulmones y espera allí, flotando e hinchándose como las esporas del Feibosque. Aguanto mi arco, lo tenso y lo alisto, tornándolo a lo diagonal. Espero. Espero y vigilo la rotunda desde mi percha - una gárgola grifónica que sobresale de la ventana del norte, escondida en las sombras.

Tres soldados dragonacidos pasan por grandes puertas metálicas e irrumpen en la sala, maldiciendo y gruñendo en frases draconianas y severas. Sierpes desgraciadas. Su discurso es malvado, frívolo y áspero, gutural, como si tuvieran una tos sucia. Dos de ellos --uno con un tinte azul enfermo y el otro un verde musgoso -- se riñan en garabatos arbitrarios. El tercero ya no ha hablado. Asumo que él toma la mayoría de la pelea como habladoría. En la mayoría, los dos se han gritado obscenidades mientras el otro se pasea, circulando una y otra vez por la sala en silencio, pausando de vez en cuando para escudriñar a un mapa desplegado en la mesa.

A mis espaldas, brisas ligeras y tibias pasan por la desesperadamente rota ventana. El aire afuera está algo caliente, húmedo a veces, el cielo salpicado con puntos de luz que brillan insignificamente. La mayoría del distrito de la ciudad está repleta de pequeñas llamas o esferas blanco-azuladas, mercancía mágica. En las afueras, cerca de los Campos Rojos y el Feibosque, las lunas reinan sobre la noche, y en este momento, comparten un pedazo de la brilla de mi capucha. Se siente casi fresco, como el aliento. Siempre he asumido que contienen alguna profunda mágica. No es normal que los medio-elfos o hasta los mismos elfos presten mucha atención a los sucesos lunares, pero yo encuentro una diversión relajante en el estudio de las lunas.

“Voy a decirlo una última vez. Él. Huyó. ¡AQUÍ!” Una garra verdosa penetra el pergamino. “El taller del herrero está vacío. Podemos actuar con rapidez. Este forastero no tiene donde esconderse - “

“¿Estás bromeando? Lo que hay que hacer es cerrar las guarniciones, cerrar con llave el distrito y guardar al consejo con toditos los soldados disponibles. ¿Acaso no has contado las bajas? Doce. DOCE buenos soldados, todos muertos. Los degolló y se fue. Persiguiendo algo, o a alguien, lo más probable, y no va a para' hasta que lo' tenga. Quienquiera que sea este tipo, no e' un imbécil como tú.”

Él dice la verdad.

“¡Comescoria! ¡Pillín del charco!” Se enfrentan y, **51** por un momento ilusionado, parece que un duelo podría

sucedir. Me encantaría -- pero nunca termina como se esperaba. El líder finalmente habla.

Es un ser espantoso, peor que lo general, y llamativamente grande en comparación con sus subordinados. Rojo de cabo a rabo, sus rasgos draconianos parecen un poco más demoníacos que la mayoría de los dragonacidos, con cuernos con puntos negros marcando los lados de la cara, y ojos que brillaban ligeramente escarlata. No sé mucho de este sujeto, excepto que su malestar podría igualar la ferocidad de hasta el perro cazador más enfurecido. Comprometer mi posición en este momento significaría la muerte.

“¡Basta! ¿Creen que me importa un bledo como atrapan a este bandolero, idiotas? Encuéntralo y terminenlo, o sufrirán las consecuencias -- por mi propia mano.”

Yo altero mi posición y me deslizo hasta la terraza de una desesperadamente rota ventana. Trepar hasta aquí en este edificio habría sido imposible; cuatro centinelas a la entrada del norte, una más en cada extremo -- oeste, este y sur. El único acceso a la ventana era desde el techo de la cúpula, y el único acceso al techo era desde arriba. Una tarea difícil, pero no impensable.

“¿Estoy claro?”

Cristal.

Los dos subordinados se miran con furia una vez más, asienten, y arrastran los pies, saliendo de la puerta del norte, dejando al comandante con sí mismo y, sin saberlo, conmigo. La cuerda del arco ya está inquieta. Con la flecha sentada y arco alistado, yo inhalo, me inclino y apunto.

¡Thwak!

¡Sí! La flecha voló entre los árboles y penetró el cuello de la criatura. Se cayó, las piernas traseras doblándose como pergamino. El alce hace una rica comida.

“Ah, ven, Árelus. Estás alardeando ya.” Me di media vuelta. Un par de delgadas piernas con botas colgaban de la rama de un árbol, acompañadas por el delgado cuerpo de una joven elfo. Sus dedos agarraron la rama y ella colgó allí, oscilándose, mirándome de manera casi inquisitiva. Jugó con mis pensamientos por unos momentos y mi prometida cayó con un golpe seco.

Era baja, o por lo menos más baja que yo. Su cara era naturalmente pálida, con ojos de color avellana, en contraste con el cabello castaño que alcanzó más allá de sus hombros, pasando por sus orejas apuntadas, terminando a un punto arriba de su cintura, brillando en la luz del día. Nunca lo había cortado que yo sepa. Y, a pesar de su herencia rica y elocuente, prefería los vestidos sencillos de tela y accesorios de cuero de los humanos, inusual para su raza, pero no lo suficientemente inusual para ella. Llevaba un arco largo colgado a su espalda, y su aljaba contenía una colección impresionante de flechas, muchas de ellas encantadas. Los encantamientos eran una especie de pasatiempo raro para ella, algo que heredó de su abuela, supongo. En especial, a ella le gustaban los encantamientos lunares, a pesar de que no servían para nada.

Hacíamos el reconocimiento bimensual de las afueras de Irabosque, nuestro hogar de toda la vida y el sector de Feibosque escondido al rincón sureste, con el límite de Campos Rojos. La comisión era una de una sola persona; sin embargo, debido a nuestro crecimiento reciente en efectivos, la Delegación pensaba que era prudente enviar a dos exploradores en vez de uno. Entonces, naturalmente, Zara se ofreció como voluntaria de corredor segundo. Considerando su comportamiento raro a la última caza de venados el año pasado, la idea podría haber sido desaprobada -- pero su padre era jefe del Sínodo.

“Alardeando, ¿yo? ¿Quieres comer esta noche?” Le contesté.

“¿Sabes qué? Yo podría preguntarte a ti la misma.”

“¿Qué...”

Ella sonrió, posó, y en un movimiento rápido, desenvainó un cuchillo de cazar de su cinturón y lo lanzó por encima de mi hombro izquierdo. “¡Ay... Zara!” Les juro que la navaja cortó los pelos del lóbulo de mi oreja. Me revisé para asegurarme que no me había cortado antes de darme media vuelta.

Y así fue, el cuchillo de Zara estaba clavado en el ojo del alce, ya totalmente muerto. Mi flecha todavía estaba incrustado en su cuello, pero mi proeza ya parecía trivial en comparación con la puntería precisa del cuchillo. En unos pocos segundos, mi caza llegó a ser suya. Cómo el animal había sobrevivido el primer golpe seguía un misterio.

Percibí un pequeño destello en sus ojos cuando tiró el cuchillo -- salvaje, preciso. Ella miraba fija mente a su premio, sonriendo, y también me lanzó una mirada con esa cara, la que decía, “Sé que intentaste, pero lo logré yo.” No dijo nada, pero me pasó de cerca y saltó por la huella enraizada para afirmar su caza.

¿Me molestaba que ella me robara mi caza, y como consecuencia, mi orgullo? No. Quizá. En realidad, ella era elfo de pura raza, y por eso, tenía más destreza en estos asuntos. Tal vez lo que a mí me parecía el flechazo

perfecto fue, para ella, un poquito más que adecuado, y ella intentaba hacer sentir a su prometido como mal compañero de caza. Sea como sea, comimos bien. El chisporroteo de la fogata nos acompañó en la frescura de la noche, mientras Zara cantó de las muchas criaturas del bosque y su proveniencia, y entonces sobre la llegada de los fei, y entonces de las razas y las guerras de antigüedad, y sobre Gorgolák el descerebrado, el que perdió su juicio en un accidente trágico de alquimia. Todo en la lengua élfica tradicional, por supuesto.

La música nocturna de la naturaleza se callaba mientras que ella cantaba, como si fuera pecado interrumpirla. Si ella terminaba, los ruidos del bosque volvían con toda fuerza, contestándola en coro. El bosque presta atención a la música de los elfos. Yo cantaba con ella a veces, pero la música no es igual con los medio-elfos. Entonces yo me reclinaba y dejaba que su voz llenara mis oídos y mi cabeza, observando sus ojos mirando a la fogata, entonces a la fronda, y entonces a las estrellas y luna, y otra vez a la fogata.

Terminó su última canción, un soneto corto y triste sobre dos driades perdidos, y el sonido del bosque volvió. Nos sentamos allí por un rato, mirando la fogata marchitándose lentamente a ceniza, y pasó mucho tiempo antes de que nos dijéramos algo. El sueño fue obsoleto. Los seres élficos pueden pasar días, hasta semanas sin dormir. Era solo la segunda noche de nuestra patrulla.

“¿Sabes qué? Los Tormentacuervos ya están ganando una reputación en Ionia.” Las brasas ya estaban al rojo vivo.

Yo me puse los ojos en blanco, y dibujé en el suelo con un palo. No le contesté. No quise contestar. Yo sabía lo que ella iba a decir. Que yo era demasiado inteligente para ocuparme de tareas de baja categoría, demasiado hábil para aceptar la vida de un aldeano en el bosque, demasiado capacitado para no pelear (o instigar peleas) por parte de nuestra tierra natal. Y tenía razón. Hasta cierto punto. Quiero a Irabosque. Siempre lo he querido. Me crié en el bosque, siempre bajo el cuidado de los fei, aprendiendo las costumbres de los elfos, entre los cuales yo me cuento con confianza. Pero no había ninguna guerra declarada entre el Sínodo e Ionia dracónica, por lo menos todavía no. Y los Tormentacuervos no eran una secta política. Era una milicia extraoficial, un semillero para crecer ladrones, bandidos, chanchulleros, asesinos y todo tipo de personajes pícaros. En todo caso, no era ningún grupo noble.

Pero Zara. Era un espíritu atrevido. Y quería a Feibosque, quizá más que yo lo quería. Era entendible que ella quería luchar contra todo ioniano dragonacido que pasaba por aquí. Ella haría cualquier cosa para proteger a su hogar y familia. Yo también lo haría. Pero ella estaba equivocada, también.

“Zara, el Feibosque no está en peligro. Nunca lo ha estado. Siempre ha podido cuidarse cuando estas cosas suceden. Es que no lo hemos visto con nuestros propios ojos hasta ahora. Espera. Ya verás.

“¿Espero? ¿No has escuchado nada? Apenas hace una semana, hicieron una incursión en un pueblo en Hojascuro. Dos hombres murieron. Una mujer y su hijo han desaparecido. La guerra no es una posibilidad, sino una realidad. Ahora. Y yo sé que no eres el tipo de hombre que dejaría que algo así pasara.” Ella tiró un palo en la fogata y se dio media vuelta. Chispas volaron y se extinguieron en el suelo.

Yo negué con la cabeza y seguí mirando a las brasas – que eran prácticamente carbón ya – mientras que dibujaba círculos y cuadros entre mis pies. Yo sabía lo que había pasado, y lo que pasaba. Aun yo tenía fe en los fei, pero no pude negar la sangre. Y sin embargo, no pude duplicar su temeridad. “El Sínodo va a decidir cuando haya guerra. Los Tormentacuervos no pueden ser la respuesta a nuestro problema.”

Las brasas se habían vuelto a ceniza. Pero no importaba. Los elfos y medio-elfos pueden ver con tanta claridad en la noche como en el día, y tras un momento de estar allí juntos, reunimos nuestras pertenencias y continuamos en medio de la noche.

Ella caminaba en ritmo con mis botas, nuestro equipamiento tintineando contra nuestra armadura cuando pisábamos el suelo pesado del bosque. Me agaché la cabeza, me enfoqué los ojos, y noté lo tan verde que era allí; el musgo en cada raíz de árbol parecía ligeramente incorporarse con el próximo tono de verde, como si la meta final del musgo fuera llegar a ser puramente un mate gris del verde profundo que era.

Los árboles aquí eran bestias anormales, pero no en el sentido negativo. Las raíces, como los dedos de una araña, apuntaban hacia la cáscara del tronco, y seguían hasta cada rama enrevesada. Las hojas estaban muy finas, como papel. La característica verdaderamente magnífica de esos árboles eran sus ramas nudosas las cuales se enlazaban con las de los árboles vecinos, creando un segundo piso de ramas.

“Buenos para trepar” dijo ella, indicando una ramada con una inclinación de cabeza. Y así era. Pero escalarla ahora no tendría sentido, ya que caminábamos cuesta arriba, donde había menos ratas y roedores grandes.

Cuando acercábamos a la cima de la colina, llegaba el alba. Hicimos una pausa, no para respirar, pero tal vez para la respiración. El aire estaba fresco y agudo, lo suficiente claro para ver las gotas del rocío en las hojas de los árboles, o las salamandras en la hierba del suelo. Vigilamos. Las nubes se encendieron cuando el sol apareció en el horizonte.

Fuego. Muerte. Caos. Zara. Esas cuatro palabras giraron en mi cabeza como un vórtice mientras que yo corría tan rápido que podía por el alto trigal.

Espiarnos el pilar de negro humo pronto después de comenzar la patrulla, y yo no vacilé en correr hacia el humo. La casa familiar de Zara está casi yuxtapuesta a la nuestra, al otro lado de Irabosque, una situación desafortunada para dos amantes, y una circunstancia terrible en este momento.

Salí de los campos y entré al bosque otra vez, desacelerando cuando me acerqué a la amenazante torre de gris y negro. Podría ser que hubiera algunos sobrevivientes, si no todos. Temía lo que pudiera encontrar al atravesar los arbustos que formaban una reja alrededor de la casa de Zara. Me impulsé hacia adelante, tropezando con raíces, arbustos y espinas.

Finalmente llegué al claro. Caminé en puntas de pies cuando pasé por la cima de la pequeña colina al lado de su casa, hasta que pude divisar el daño. Lo que yo encontré me horrorizó y me confortó a la misma vez.

La casa sí quemaba, igual a las construcciones anexas. Se veían las ornadas puertas, las paredes engravadas y los toldos bellos, ahora ennegrecidos y derrumbando. Los animales domésticos andaban en sus corrales, unos muertos y masacrados, otros galopando hacia el bosque y aun otros inmóviles, aullando. Ceniza por todos lados, como la nieve en Escarchacaida. Antes, esta tierra era más que preciosa, y esos lagartos la habían totalmente cicatrizada. Era la forma más extrema del caos que yo había visto jamás y por un momento, me paralicé.

Pero solo un momento. El choque de verla propulsó mis piernas. Allí, encorvada enfrente de los ladrillos humeantes y techo quemado, una joven con piel clara y orejas puntiagudas, con cabello castaño que pasaba por sus hombros. Y se veía agotada.

Corrí cuesta abajo por la colina y cuando me acercaba a la casa, vi unos cuerpos sangrientos, escamosos, y muertos tendidos en el césped. No nos dijimos nada. Nunca me miró. Miré detenidamente a la llamas. Ya yo sabía. Lo sabía desde el momento en que vi la masa de humo negro desde el otro lado de Irabosque. Pero yo pensaba que ella era parte de aquella. Y no era. Entonces, por el momento, yo estaba agradecido.

Nos sentamos allí, mirando, mis brazos apoyándola, esperando que las llamas finalmente se extinguieran. Ella estaba malherida; con cortes y quemaduras por todos lados. No era bien entrenado en la mágica, mucho menos en los encantamientos de curación, pero hice lo que podía. Se veía que no tenía nada de energía, lo más probable debido a su lucha contra los dragonacidos que se atrevían seguir atacando su hogar.

Devastación. En realidad hay una sola palabra para describir el desastre. Y ella no paraba de mirar fijamente. Nos sentamos allí por una hora por lo menos después del fin del incendio (¿o eran varias horas?) y ella nunca dejó de mirar a su casa, la que había quemado a una negrura triste. Su cara estaba muy sucia. Observé mientras ella lloró una sola lágrima, después de haber sentado inmóvil por horas. Finalmente, ella habló.

Seguía mirando fijamente a su casa y al suelo y pronunció tres palabras. "Estoy tan cansada." Y lloró.

"Una vez más."

"Yo volvía de la caza cuando se fueron. Maté a unos pocos de esos . . . esos bastardos antes de escuchar uno de ellos decir que esperaban los refuerzos. Van a volver, Árelus, con dos, o tres veces la cantidad de soldados esta vez. Y el maldito Sínodo no ha preparado para esto. Estamos indefensos. Van a aplastar a Feibosque. Y comenzaron con mi ho-"

"Ella se ahogó la voz por un momento y miró al suelo. Yo la agarré y la abracé. Sierpes. Hicieron esto puramente como aviso. Un solo golpe. En la escala grande no fue mucho, pero lo suficiente para chocar al resto del bosque. Al parecer, se habían red desplegado hacia al sur, lo más probable a un campamento temporal un poco más allá de los límites de Irabosque. Habían reclutado a magos, arqueros, soldados de armas pesadas, todo que hay bajo el sol militar. Y tenían efectivos mucho más allá de lo que teníamos nosotros.

Yo estaba atemorizado. Me mostré resistente y calmado, más por mí mismo que por ella. Ella podía detectar ese tipo de farsas. La verdad es que no sabía qué hacer. No debería haber pasado. No deben haber llegado hasta aquí. ¿Qué pasó a las defensas mágicas que habían protegido estas tierras desde hace siglos? ¿Era toda mentira? ¿O los dragonacidos habían encontrado una mágica más fuerte? O quizá los fei nos habían abandonado. Demasiadas preguntas nublaron mi mente; yo tenía que enfocarme. Quería enfocarme. Y quería que ella se enfocara también.

"No me quedo, Árelus."

"Está bien. Porque tenemos que irnos. Si solamente han penetrado a este nivel del bosque, puede ser que el Sínodo no sepa que los ionianos están juntando más fuerzas. Tenemos tiempo. Podemos huir, o utilizar el sistema de túneles - raíces. O algo."

"Ya es hora de irme, Árelus."

Yo admiré su fuerza. "Pues, vamos"

"No, tú no entiendes. No me quedo. Aquí no. En ninguna parte. Me voy al puerto."

¿Qué decía? Seguramente no . . .

"¿Te vas? ¿Así, nomás?" Yo temblaba, mi corazón estremeciendo, oscilando. Mis dedos estaban fríos, la cabeza nadando, estómago hirviendo. Íbamos a casarnos.

"Árelus, no hay nada aquí para mí, ¿entiendes? Todo arruinado. No actuamos. Ellos sí. Irabosque va a quemarse.

"¿Qué pasó con lucharlos? ¿Luchando a Ionia, luchando a estas bestias? ¿Por nuestra tierra natal? ¿Qué pasó con juntarnos con los Tormentacuervos? Me estremecí, mis pensamientos desorganizados.

Ella miró al suelo por un rato, frunció el entrecejo, y mordió su labio inferior. Ella nunca hacía esto.

"¡TÚ pasaste, Árelus! Yo intenté adelantarme contigo. Te dije que esto pasaría, pero no te moviste. Te dije, Árelus. Te dije y no me hiciste caso . . . "

Algo agudo me clavó en el pecho por dentro. Mi voz se atascó en mi garganta. Entonces, de ese sentimiento nació algo más - un deseo. Una necesidad de algo. Acción. Venganza. Muerte. Prueba . . . prueba que yo podía luchar, que yo no era simplemente un espectador ocupándome de asuntos triviales, cazando la cena en el bosque en el medio de una masacre.

Zara me miró con esos ojos claros, del color avellana, aún enrojecidos por lágrimas. Parecía empujar las siguientes palabras de su boca. "Árelus . . . te quiero. Pues, quizá . . . quizá podrías venir conmigo . . . " Ella se encogió, su mentón temblando. Entonces su cara cambió, y la desesperación volvió a una comprensión. Yo me fruncí el entrecejo y me paré para girarme.

Comenzó como un ruido pequeño. Como un coro de cigarras. Y de pronto creció a un sonido mucho más fuerte, más terrorífico. Gritos de guerra. Gritos de guerra draconianos. Y en unos pocos segundos el bosque en frente de nosotros se convirtió en llamas anaranjadas y escamas plateadas. Habían encontrado un dragón. Imposible.

Me giré para agarrarla, tomarla y correr de allí, llevarla lejos de la destrucción, de esta pesadilla irreal. Pero ella ya se había ido. Se robó mi tiempo. Yo solo podía escuchar la cascada inútil de madera y fuego y ceniza cuando corrí hacia el único lugar seguro que quedaba. Ionia.

"Sé que estás aquí."

No me muevo ni siquiera una pestaña. Imposible. Está totalmente oscuro donde estoy. ¿Me escuchó? No digo nada, y mantengo mi arco apuntado a su reluciente cuello rojo.

"También sé," enrolla el mapa y lo guarda en su faltriquera, "que no me escaparé de tu flecha. Ves, yo sé cómo operan los Tormentacuervos. La última cosa que harían es permitir que un blanco marcado viva. Y ya que es obvio que tú no vas a decir nada, yo debo por lo menos intentar."

Sigo como una estatua en las sombras.

"Déjame preguntarte algo. ¿Sabes por qué los Tormentacuervos hacen lo que hacen?"

Conocimiento, poder, e influencia. La cuerda de mi arco comienza a vibrar.

"¿Sabes qué es su meta?"

Derrumbar a ti y al resto de Ionia contigo. Para reinar sobre ella. Yo lucho para sujetar la flecha.

"Déjame hacerte otra pregunta: ¿Sabes que los Tormentacuervos van a hacer una vez que hayan logrado todo esto?"

Apoderarse de los distritos e intentar a conquistar Feibosque. Todo el arco ya está vivo.

"Ves, en realidad no somos tan diferentes. Nosotros y ustedes, los Tormentacuervos. Es que ustedes simplemente no tienen el concepto de comunicación pública. De aplicación verdadera. De orden de verdad. No se puede lograr nada en las sombras, donde se esconden los cobardes. Y que yo sepa, los únicos cobardes en esta gran ciudad son los sin agallas medio-"

¡Shing!

El comandante dragonacido colapsa al piso. El guardia que descubrirá al lagarto inconsciente encontrará una pequeña abolladura en su yelmo. Una flecha rota rodará en el suelo al lado del cuerpo del comandante. Pegado a la flecha habrá una nota.

Se han comprometido tus planes

El Feibosque es nuestro

Ríndanse o mueran

Cuando alguien la lea, ya estoy al límite del distrito. Salto de edificio a edificio, mi arco colgado de mi espalda con una aljaba llena de flechas encantadas. Escalo las murallas y me deslizo, huyendo a los campos del norte, hasta el Feibosque, y me desparezco en los árboles, con nada más